

WILKIE COLLINS

LA PIEDRA LUNAR



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección

LA PIEDRA LUNAR
Wilkie Collins

1.^a edición: junio de 2026

Título original: *The Moonstone*

Traducción: *Juli Peradejordi*

Corrección: *Ediciones Obelisco*

Diseño de cubierta: *Ediciones Obelisco*

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-396-1
DL B 7390-2026

Printed in Spain

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo. El asalto a Seringapatam (1799).....	5
LA HISTORIA	13
Primer período	
La desaparición del diamante (1848).....	15
Segundo período	
El descubrimiento de la verdad (1848-1849).....	253
<i>Primer relato</i>	255
<i>Segundo relato</i>	345
<i>Tercer relato</i>	377
<i>Cuarto relato</i>	505
<i>Quinto relato</i>	549
<i>Sexto relato</i>	571
<i>Séptimo relato</i>	585
<i>Octavo relato</i>	589
Epílogo. El hallazgo del diamante	593

PRÓLOGO

EL ASALTO A SERINGAPATAM (1799)

Extracto de un documento familiar

I

Me dirijo a mis familiares de Inglaterra con estas líneas, escritas en la India.

Mi propósito es explicar el motivo que me ha llevado a rechazar la mano amiga de mi primo, John Herncastle. La reserva que he mantenido hasta ahora en este asunto ha sido malinterpretada por miembros de mi familia, cuya buena opinión no puedo consentir perder. Les pido que suspendan su juicio hasta que hayan leído mi versión de los hechos. Y declaro, bajo mi palabra de honor, que lo que estoy a punto de escribir es, estricta y rotundamente, la verdad.

La desavenencia entre mi primo y yo surgió de un notorio acontecimiento público en el que ambos estuvimos implicados: el asalto a Seringapatam, bajo las órdenes del general Baird, el 4 de mayo de 1799.

Para que las circunstancias se entiendan claramente, debo retroceder por un momento al período anterior al asalto y a las historias que circulaban en nuestro campamento sobre el tesoro de joyas y oro almacenado en el palacio de Seringapatam.

Una de las historias más disparatadas se refería a un diamante amarillo, una gema famosa en los anales nativos de la India.

Las primeras tradiciones conocidas describen la piedra como incrustada en la frente del dios hindú de cuatro manos que simboliza la Luna. En parte por su peculiar color, y en parte por una superstición que afirmaba que era sensible a la influencia de la deidad que lo adornaba, por lo que ganaba y perdía brillo según la luna estuviera en fase creciente o menguante, la piedra recibió el nombre por el cual sigue siendo conocida en la India a día de hoy: Piedra Lunar. He oído que una superstición similar prevaleció cierto tiempo en las antiguas Grecia y Roma, aunque no se refería, como en la India, a un diamante consagrado al servicio de un dios, sino a una piedra semitransparente de una clase inferior de gemas, que se creía afectada por las influencias lunares, siendo la Luna, en este último caso también, la que daba el nombre por el cual la piedra es aún conocida por los coleccionistas de nuestro tiempo.

Las aventuras del diamante amarillo comienzan en el siglo xi de la era cristiana.

Por aquel entonces, el conquistador mahometano Mahmud de Ghazni cruzó la India, tomó la ciudad santa de Somnath y despojó de sus tesoros el famoso templo, que había estado en pie durante siglos, y era el santuario por excelencia de peregrinación hindú y la maravilla del mundo oriental.

De todas las deidades adoradas en el templo, sólo el dios Luna escapó a la rapacidad de los conquistadores mahometanos. Custodiada por tres brahmanes, la deidad inviolada con el diamante amarillo en la frente fue retirada por la noche y transportada a la segunda de las ciudades sagradas de la India, la ciudad de Benarés.

Allí, en un nuevo santuario, un salón adornado de piedras preciosas, bajo un techo sostenido por pilares de oro, se erigió y se adoró al dios Luna. Allí, la noche en que se completó el santuario, Vishnu el Preservador se apareció en sueños a los tres brahmanes.

El dios insufló su aliento divino sobre el diamante en la frente del ídolo. Y los brahmanes se arrodillaron y ocultaron sus rostros en sus túnicas. El dios ordenó que la Piedra Lunar fuera vigilada, a partir de ese momento y hasta el fin de las generaciones, por tres sacerdotes que se turnarían día y noche. Y los brahmanes escucharon y se inclinaron ante su voluntad. El dios predijo una gran desgracia para el orgulloso mortal que osara poner sus manos sobre la gema sagrada, y para todos los de su casa y sangre que la recibieran después de él. Y los brahmanes hicieron que la profecía se escribiera sobre las puertas del santuario con letras de oro.

Una era siguió a otra, y generación tras generación, los sucesores de los tres brahmanes siguieron vigilando su inestimable Piedra Lunar, día y noche. Una era siguió a otra hasta que los primeros años del siglo XVIII vieron el reinado de Aurangzeb, emperador de los mogoles. A sus órdenes, la devastación y el saqueo se desataron una vez más entre los templos dedicados al culto de Brahma. El santuario del dios de cuatro manos fue profanado con la matanza de animales sagrados, las imágenes de las deidades fueron destrazadas y la Piedra Lunar fue arrebatada por un oficial de rango en el ejército de Aurangzeb.

Incapaces de recuperar su tesoro perdido por la fuerza, los tres sacerdotes guardianes la siguieron y la vigilaron encubiertos. Las generaciones se sucedieron una tras otra; el guerrero que había cometido el sacrilegio murió miserablemente; la Piedra Lunar pasó de una mano mahometana infiel a otra, llevando consigo la maldición, y aun así, pese a todas las vicisitudes, los sucesores de los tres sacerdotes guardianes mantuvieron su constante vigilancia, esperando el día en que la voluntad de Vishnu el Preservador les devolviera su gema sagrada. El tiempo transcurrió desde los primeros hasta los últimos años del siglo XVIII. El diamante cayó en manos de Tipu, sultán de Seringapatam, que mandó que se colocara como adorno en el mango de un puñal y ordenó que se guardara entre los más valiosos tesoros de su arsenal. Incluso entonces, los tres sacerdotes guardianes continuaban su vigilancia en secreto, en

el palacio del propio sultán. Había tres oficiales del séquito de Tipu, de los que nade sabía nada, que se habían ganado la confianza de su amo conformándose, o pareciendo conformarse, con la fe musulmana; y, según se decía, esos tres hombres eran, quizá, los tres sacerdotes disfrazados.

III

Ésta es la descabellada historia de la Piedra Lunar, tal y como se contaba en nuestro campamento. No causó demasiada impresión en ninguno de nosotros, salvo en mi primo, cuya atracción por lo maravilloso lo inducía a creer en ella. La noche anterior al asalto de Seringapatam, estaba absurdamente enfadado conmigo y el resto por tratar todo el asunto como una fábula. Hubo entonces una disputa tonta, en la que Herncastle se dejó llevar por su temperamento. Afirmó, de forma jactanciosa, que veríamos el diamante entre sus dedos si el ejército inglés tomaba Seringapatam. La ocurrencia fue recibida con carcajadas, y allí, como todos creímos esa noche, terminó el asunto.

Pasemos ahora al día del asalto.

Al principio, mi primo y yo fuimos por separado. No lo vi cuando cruzamos el río, ni cuando plantamos la bandera inglesa en la primera brecha, o cuando cruzamos el foso, y tampoco mientras combatíamos metro a metro para entrar en la ciudad. Fue sólo al anochecer, cuando el lugar ya era nuestro, y después de que el propio general Baird encontrara el cuerpo muerto de Tipu bajo un montón de cadáveres, que Herncastle y yo nos encontramos.

Ambos estábamos asignados a un grupo enviado por órdenes del general para prevenir los saqueos y la confusión que siguieron a nuestra conquista. Los civiles que acompañaban a nuestra tropa cometieron excesos deplorables y, lo que es peor, hubo soldados que consiguieron acceder, por una puerta sin vigilancia, al tesoro del palacio, y arramblaron con el oro y las joyas. Mi primo y yo nos

encontramos en el patio exterior del tesoro, para imponer disciplina a nuestros propios soldados. Pude ver claramente que el temperamento exaltado de Herncastle había sido exacerbado hasta una especie de frenesí por la terrible matanza que acabábamos de vivir. En mi opinión, estaba muy poco capacitado para realizar la tarea que se le había encomendado.

Había bastante descontrol y confusión en el tesoro, pero no vi violencia. Los hombres se deshonraban con jovialidad, si puedo usar tal expresión. Intercambiaban toda clase de bromas groseras y muletillas. Así, de pronto, surgió de nuevo la historia del diamante, en forma de una broma maliciosa. «¿Quién tiene la Piedra Lunar?» era el grito de batalla que constantemente hacía que los saqueos, en cuanto habían cesado en un lugar, estallaran en otro. Mientras aún intentaba en vano establecer algo de orden, oí unos gritos espantosos al otro lado del patio, y de inmediato corrí hacia los alaridos, temiendo encontrar algún nuevo estallido de saqueo en esa dirección.

Llegué a una puerta abierta y vi los cuerpos de dos indios —por su vestimenta, deduje que eran oficiales del palacio— tendidos en la entrada, muertos.

Oí un grito en el interior y me apresuré a entrar en una habitación, que parecía ser una armería. Un tercer indio, mortalmente herido, se desplomaba a los pies de un hombre que me daba la espalda. El hombre se volvió en cuanto entré, y vi entonces a John Herncastle, con una antorcha en una mano y un puñal chorreando sangre en la otra. Al girarse hacia mí, una piedra incrustada en el extremo del mango del puñal destelló a la luz de la antorcha, como un rayo de fuego. El indio moribundo se arrodilló, señaló el pomo del puñal en la mano de Herncastle, y dijo en su lengua natal:

—¡La Piedra Lunar se vengará de ti y de los tuyos!

Y tras pronunciar estas palabras, cayó desplomado al suelo.

Antes de que pudiera actuar, los hombres que me habían seguido cruzando el patio irrumpieron en la habitación. Mi primo se abalanzó hacia ellos, como un loco.

—¡Despeja la habitación —me gritó—, y coloca una guardia en la puerta!

Los hombres retrocedieron cuando él se lanzó hacia ellos con su antorcha y su puñal. Puse dos centinelas de mi propia compañía, en quienes confiaba, para vigilar la puerta. Durante el resto de la noche, no volví a ver a mi primo.

A primera hora de la mañana, como el saqueo continuaba, el general Baird anunció públicamente, con un redoble de tambor, que cualquier ladrón que fuera pillado en el acto, fuera quien fuera, sería ahorcado. El alguacil mayor estaba presente, para demostrar que el general hablaba en serio; y después de la proclama, Herncastle y yo nos encontramos de nuevo entre la multitud que había acudido a escucharla.

Me extendió la mano, como de costumbre, y me dio los buenos días. Pero yo no le devolví el saludo de inmediato.

—Primero dime —le dije—, cómo murió el indio en la armería y qué significaban sus últimas palabras, cuando señaló el puñal en tu mano.

—El indio murió, supongo, por una herida mortal —dijo Herncastle—. No sé más que tú lo que significaban sus últimas palabras.

Lo observé detenidamente. Su frenesí del día anterior había desaparecido por completo. Decidí darle otra oportunidad.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —le pregunté.

—Eso es todo —contestó.

Le di la espalda y desde ese día no hemos vuelto a hablar.

IV

Ruego que se entienda que lo que escribo aquí sobre mi primo es estrictamente privado y dirigido a mi familia, a menos que surja alguna necesidad de mayor peso de hacerlo público. Herncastle no ha dicho nada que me dé razones para tener que hablar con nuestro oficial al mando. Ha sido objeto de burla más de una vez por

el tema del diamante, por aquellos que recuerdan su arrebató antes del asalto. Pero, como es fácil imaginar, su propio recuerdo de las circunstancias bajo las cuales lo sorprendí en la armería ha sido suficiente para mantenerlo en silencio. Se dice que tiene la intención de cambiar de regimiento, con el propósito declarado de separarse de mí.

Sea cierto o no, me cuesta decidirme a acusarle, y creo que me asisten buenas razones. Si hiciera pública la cuestión, no tengo prueba física que aportar. No sólo no tengo pruebas de que mató a los dos hombres en la puerta: ni siquiera puedo afirmar que mató al tercer hombre dentro, ya que no puedo decir que mis propios ojos vieron el acto cometido. Es cierto que escuché las palabras del indio moribundo, pero si esas palabras se consideraran simples delirios, ¿cómo podría contradecir tal argumento con lo que sé de primera mano? Que nuestros parientes, de ambos lados, se formen su propia opinión sobre lo que he escrito, y decidan por sí mismos si la aversión que ahora siento hacia este hombre está bien o mal fundada.

Aunque no le doy ningún tipo de crédito a la fantástica leyenda india de la gema, debo reconocer, antes de concluir, que albergo mi propia superstición al respecto. Tengo la convicción —o el extravío, lo mismo me da— que el crimen trae consigo su propia desgracia. No sólo estoy convencido de la culpabilidad de Hearncastle, sino que incluso soy lo suficientemente fantasioso como para creer que vivirá para arrepentirse de ello si conserva el diamante, y que, si se lo entrega a otros, ellos también lo lamentarán.

LA HISTORIA

PRIMER PERÍODO

LA DESAPARICIÓN DEL DIAMANTE (1848)

*Los acontecimientos narrados por Gabriel Betteredge,
mayordomo al servicio de la señora Julia Verinder*

CAPÍTULO I

En la primera parte de *Robinson Crusoe*, en la página 129, encontrará escrito lo siguiente: «Ahora veo, aunque demasiado tarde, la insensatez de comenzar una obra sin haber calculado antes el coste y sin haber juzgado correctamente nuestras fuerzas para llevarla a cabo».

Ayer mismo, abrí mi ejemplar de *Robinson Crusoe* por ahí. Esta misma mañana, 21 de mayo de 1850, llegó el sobrino de mi señora, el señor Franklin Blake, y mantuvo una breve conversación conmigo, que se desarrolló de este modo:

—Betteredge —dijo el señor Franklin—, he visitado al abogado por unos asuntos familiares y, entre otras cosas, hemos estado hablando sobre la pérdida del diamante indio, en la casa de mi tía en Yorkshire, hace dos años. El señor Bruff piensa, al igual que yo, que toda la historia, en aras de la verdad, debería ser registrada por escrito, y cuanto antes, mejor.

Todavía sin entender su intención, y pensando que siempre es preferible estar del lado del abogado para mantener la paz y la tranquilidad, le dije que yo pensaba lo mismo. El señor Franklin continuó:

—Con este asunto del diamante ya han sido objeto de sospecha varias personas inocentes, como bien sabes. En el futuro, la memoria de personas inocentes puede sufrir por falta de un registro de los hechos al que puedan recurrir los que vengan después de nosotros. No cabe duda de que esta extraña historia familiar nuestra debe ser contada. Y creo, Betteredge, que el señor Bruff y yo hemos dado con la forma correcta de contarla.

Sin duda, aquello prometía ser muy satisfactorio para ambos. Pero no veía aún qué tenía que ver yo con todo aquello.

—Tenemos ciertos eventos que relatar —prosiguió el señor Franklin—, y hay ciertas personas involucradas en esos eventos que son capaces de relatarlos. Partiendo de estos hechos evidentes, la idea es que todos escribamos la historia de la Piedra Lunar por turnos, hasta donde alcanza nuestra experiencia personal, y no más allá. Debemos comenzar mostrando cómo el diamante llegó por primera vez a las manos de mi tío Herncastle, cuando servía en la India hace cincuenta años. Este relato preliminar ya lo tengo en mi poder en forma de un antiguo documento familiar, que relata los detalles necesarios con la autoridad de un testigo presencial. Lo siguiente es contar cómo el diamante llegó a la casa de mi tía en Yorkshire, hace dos años, y cómo se perdió en poco más de doce horas después. Nadie sabe tanto como tú, Betteredge, sobre lo que sucedió en la casa en ese momento. Así que debes tomar la pluma y comenzar la historia.

De ese modo, me informaron sobre mi implicación personal en el asunto del diamante. Si tiene curiosidad por saber qué curso tomé en tales circunstancias, le informo de que hice lo que probablemente usted habría hecho en mi lugar. Me declaré modestamente incapaz de llevar a cabo la tarea impuesta, aunque en privado sentía que era perfectamente capaz de realizarla, si me permitía darles a mis habilidades una justa oportunidad. Imagino que el señor Franklin debió ver mis pensamientos escritos en mi rostro. Se negó a creer en mi modestia y se empeñó en dar una justa oportunidad a mis habilidades.

Han pasado dos horas desde que el señor Franklin me dejó. Tan pronto como se dio la vuelta, fui a mi escritorio para comenzar la historia. Y ahí me he quedado, indefenso desde entonces —y a pesar de mis habilidades— ante aquello mismo que percibió Robinson Crusoe, a saber, la insensatez de comenzar una obra sin haber calculado el coste y sin haber juzgado correctamente nuestras fuerzas para llevarla a cabo. Les ruego que recuerden que abrí

el libro por accidente en ese pasaje un día y nada más que un día antes de haber asumido apresuradamente la tarea que ahora tengo en mano. Así que permítanme la pregunta: si no es esto una profecía, ¿qué es entonces?

No soy supersticioso: he leído un montón de libros en mi vida y, a mi manera, soy un erudito. Aunque ya tengo más de setenta años, poseo una activa memoria y unas piernas que la corresponden. No deben tomar mis palabras, les ruego, como las de un hombre ignorante cuando expreso mi opinión de que nunca se ha escrito un libro como *Robinson Crusoe* y nunca se escribirá otro igual. He vuelto a ese libro año tras año, casi siempre acompañado de mi pipa de tabaco, y cada vez he encontrado en él un amigo fiel en todas las circunstancias de esta vida mortal. Cuando estoy desanimado, *Robinson Crusoe*. Cuando necesito consejo, *Robinson Crusoe*. En tiempos pasados, cuando mi esposa me molestaba; en tiempos presentes, cuando he bebido de más, *Robinson Crusoe*. He gastado seis robustos tomos de *Robinson Crusoe* a base de hacerlos trabajar arduamente a mi servicio. En el último cumpleaños de mi señora, me regaló un séptimo. Tomé una copa de más en honor a ello, y *Robinson Crusoe* me puso en mi lugar de nuevo. Precio: cuatro cheelines y seis peniques, encuadernado en azul, con una ilustración incluida.

Sin embargo, esto no parece el mejor de los comienzos para la historia del diamante, ¿verdad? Parezco estar vagando en busca de Dios sabe qué, Dios sabe dónde. Tomemos una hoja nueva de papel, si les parece, y comencemos de nuevo. Sean así bienvenidos.

CAPÍTULO II

Hace un par de líneas mencioné a mi señora. Pues bien, el diamante nunca habría estado en nuestra casa, donde se perdió, si no hubiera sido un regalo para la hija de mi señora; y la hija de mi señora nunca habría existido para recibir el regalo, si no fuera por mi señora quien, con dolor y esfuerzo, la trajo al mundo. En consecuencia, si comenzamos con mi señora, estamos seguros de empezar lo suficientemente atrás. Y eso, cuando tienen un trabajo como el mío entre manos, déjenme decirles, es un verdadero consuelo.

Si el lector sabe algo del mundo de la moda, habrá oído hablar de las tres hermosas señoritas Herncastle: la señorita Adelaide, la señorita Caroline, y la señorita Julia. Esta última es la más joven y encantadora de las tres, en mi opinión, y tuve sendas ocasiones de actuar como juez en la materia, como podrán comprobar en breve. Entré, pues, al servicio del viejo lord, su padre —gracias a Dios, él no tuvo nada que ver con este asunto del diamante, pues tenía la lengua más larga y el temperamento más corto que cualquier otro hombre, alto o bajo, que hubiera conocido jamás—. Como iba diciendo, entré al servicio del viejo lord como paje al servicio de las tres honorables y jóvenes damas, a la edad de quince años. Allí viví hasta que la señorita Julia se casó con el difunto sir John Verinder. Un hombre excelente, que simplemente necesitaba a alguien que lo supiera manejar, y, de hecho, lo hizo. Es más, se diría que tuvo mucho éxito, pues engordó gracias a ello, vivió feliz y murió tranquilo, desde el día en que mi señora lo llevó a la iglesia para casarse, hasta el día en que lo alivió de su último aliento y cerró sus ojos para siempre.

He omitido mencionar que me mudé con la novia a la casa y las tierras de su esposo.

—Sir John —le dijo—, no puedo prescindir de Gabriel Betteredge.

—Mi señora —dijo sir John—, entonces yo tampoco puedo prescindir de él.

Ésa era su manera de ser con ella, y así fue como entré en su servicio. A mí me daba igual dónde fuera, mientras mi señora y yo estuviéramos juntos.

Dado que mi señora se interesaba por el trabajo al aire libre, las granjas y demás, yo también me interesé por ellas, y con más razón, ya que yo era el séptimo hijo de un pequeño granjero. Mi señora consiguió que me pusieran bajo las órdenes del administrador, me esforcé, hice un buen trabajo y, en consecuencia, me ascendieron. Algunos años más tarde, un lunes como cualquier otro, mi señora dijo:

—Sir John, tu administrador es un hombre viejo y estúpido. Ofrécele una generosa pensión y que Gabriel Betteredge ocupe su lugar.

Un martes como cualquier otro, sir John dijo:

—Mi señora, se le ha ofrecido una generosa pensión al administrador y Gabriel Betteredge ha ocupado su lugar.

Se oye hablar bastante sobre matrimonios infelices. Aquí tienen un ejemplo de lo contrario. Que sirva de advertencia para algunos de ustedes y de aliento para otros. Mientras tanto, continuaré con mi historia.

En fin, allí estaba yo, se dirán, en la gloria. Colocado en una posición de confianza y honor, con una pequeña cabaña propia donde vivir, con mis rondas por la finca en la mañana, mis cuentas en la tarde, y mi pipa y mi *Robinson Crusoe* en la noche, ¿qué más podría querer? Recuerden lo que Adán necesitaba cuando estaba solo en el Jardín del Edén, y si no le culpan a él, no me culpen a mí.

La mujer en la que me fijé fue la mujer que llevaba la casa en mi cabaña. Se llamaba Selina Goby. Estoy de acuerdo con el difunto William Cobbett sobre cómo elegir una esposa: asegúrese de que

mastica bien su comida y que planta firmemente el pie en el suelo al caminar, y todo irá bien. Selina Goby estaba bien en ambos aspectos, lo que fue razón suficiente para casarme con ella. Tenía también otra razón, que descubrí por mí mismo. Selina, siendo soltera, me hacía pagarle una suma semanal por su comida y servicios. Selina, siendo mi esposa, no podría cobrarme por su comida y tendría que darme sus servicios gratis. Ésa era la perspectiva desde la que lo veía. Economía, con un toque de amor. Se lo planteé a mi señora, como debía hacer, tal como me lo había planteado a mí mismo.

—He estado pensando en Selina Goby —dije—, y creo, mi señora, que será más barato casarme con ella que seguir manteniéndola.

Mi señora se echó a reír y dijo que no sabía qué la escandalizaba más, si mi lenguaje o mis principios. Algo en mis palabras la hizo reír, supongo, algo que no es posible entender a menos que se sea una persona de naturaleza elevada. En consecuencia, pues no entendí otra cosa que era libre de proponerle matrimonio a Selina, se lo propuse. ¿Y qué dijo Selina? ¡Por Dios! ¡Qué poco deben conocer a las mujeres si preguntan eso! Por supuesto que dijo que sí.

A medida que se acercaba el momento, y se hablaba de que debía agenciarme un abrigo nuevo para la ceremonia, comencé a sentir dudas. He comparado mi experiencia con la de otros hombres sobre lo que sintieron cuando se encontraron en la misma situación que yo, y todos han reconocido que, alrededor de una semana antes del evento, desearon secretamente salir de él. Yo fui un poco más allá porque, de hecho, intenté salir de ello. ¡Pero nada de nada! Fui demasiado inocente al esperar que ella me dejara libre sin compensación, y la compensación para la mujer cuando el hombre se retracta es Inglaterra. Tras pensarlo cuidadosamente, le ofrecí a Selina Goby, como mandaba la ley, un colchón de plumas y cincuenta chelines para liberarme del acuerdo. Y no me creerán, pero es verdad: fue tan tonta que lo rechazó.

Después de eso, ya no había vuelta atrás para mí, por supuesto. Conseguí el abrigo nuevo lo más barato que pude y pasé por el resto de trámites tratando de gastar lo mínimo posible. No fuimos

una pareja feliz, aunque tampoco una pareja desgraciada. Éramos igual de incompatibles el uno para el otro. No sé cómo sucedía, pero siempre parecía que nos estorbábamos mutuamente, aunque tuviéramos las mejores intenciones. Cuando quería subir las escaleras, mi esposa estaba bajando; o cuando mi esposa quería bajar, yo estaba subiendo. Así es la vida matrimonial, según mi experiencia.

Después de cinco años de malentendidos en las escaleras, a la Providencia, en su infinita sabiduría, le complació liberarnos el uno del otro llevándose a mi esposa. Me quedé con mi pequeña hija Penélope, y nada más que ella. Poco después, murió sir John y mi señora se quedó con su pequeña hija, la señorita Rachel, y nada más que ésta. Todo lo que he dicho antes sobre mi buena señora habrá sido en vano si necesitan que les diga que mi pequeña Penélope fue cuidada bajo su atenta mirada, que fue enviada a la escuela, educada, y que cuando creció, fue ascendida a doncella personal de la señorita Rachel.

En cuanto a mí, seguí con mis labores de administrador año tras año hasta la Navidad de 1847, cuando mi vida cambió por completo. Aquel día, mi señora vino a mi cabaña a tomar una taza de té conmigo a solas. Comentó que, contando desde el día que empecé a trabajar como paje en la época del viejo lord, llevaba ya más de cincuenta años a su servicio, y me entregó un hermoso chaleco de lana que había tejido ella misma para mantenerme abrigado en el duro invierno.

Recibí este magnífico regalo, sin encontrar palabras de agradecimiento suficientes por el honor que me había hecho. Para mi sorpresa, resultó que el chaleco no era un honor, sino un soborno. Mi señora había descubierto que me estaba haciendo viejo antes de que incluso yo lo hubiera notado y había venido a mi cabaña para convencerme de que dejara mi arduo trabajo al aire libre como administrador y disfrutara de mis días como mayordomo en la casa. Hice todo lo posible para resistirme a la indignidad de tomarme un descanso. Pero mi señora conocía mi punto débil, y lo planteó como un favor para ella. La disputa terminó, después de eso, con mis

ojos llenos de lágrimas, como un viejo tonto, con mi nuevo chaleco de lana, y diciendo que me lo pensaría.

La perturbación que reinaba en mi mente, en cuanto me ponía a pensarlo, se hizo realmente terrible tras la partida de mi señora, por lo que apliqué el remedio que nunca me ha fallado en momentos de duda y emergencia. Fumé una pipa y me puse a leer mi *Robinson Crusoe*. No pasaron cinco minutos antes de que encontrara un pasaje reconfortante (página 158), y éste decía: «Hoy amamos lo que mañana odiamos». De inmediato lo vi todo claro. Hoy estaba decidido a seguir siendo administrador de la finca; mañana, basándome en las palabras sagradas de mi *Robinson Crusoe*, pensaría lo contrario. Debía, por tanto, actuar mañana, cuando estuviera de humor para ello, y el asunto estaba resuelto. Con mi mente aliviada de esta manera, me fui a dormir aquella noche como el administrador de la finca de la señora Verinder, y me desperté a la mañana siguiente como el mayordomo de la casa de la señora Verinder. Así de fácil, ¡y todo gracias a *Robinson Crusoe*!

Mi hija Penélope acaba de asomarse a mi hombro para ver lo que he escrito hasta ahora. Me comenta que está bellamente escrito, y que cada palabra es verdad. Pero señala una objeción. Dice que lo que he hecho hasta ahora no es en absoluto lo que se me pidió hacer. Me han pedido contar la historia del diamante y, en lugar de eso, he estado contando la historia de mi vida, lo cual es curioso y no tengo explicación para ello. Me pregunto si los caballeros que hacen de la escritura de libros su negocio y su vida, encuentran a veces que sus propios seres se interponen en sus temas, como me sucede a mí. Si lo hacen, puedo compadecerme de ellos. Mientras tanto, aquí tenemos otro falso comienzo y más desperdicio de buen papel. ¿Qué resta hacer ahora? Nada, que yo sepa, excepto permanecer ustedes en calma, y en cuanto a mí, dar comienzo al relato por tercera vez.

CAPÍTULO III

La cuestión de cómo comenzar la historia correctamente la he tratado de resolver de dos maneras. Primero, devanándome los sesos, lo cual no llevó a nada. Segundo, consultando a mi hija Penélope, lo cual resultó en una idea completamente nueva.

La idea de Penélope es que debería anotar lo que sucedió, día tras día, comenzando con el día en que recibimos la noticia de que se esperaba la visita del señor Franklin Blake a la casa. Cuando obligas a tu memoria a fijarse en una fecha de esta manera, es sorprendente lo que la memoria es capaz de recuperar bajo esa compulsión. La única dificultad, en primer lugar, es encontrar las fechas exactas. Penélope se ofrece a hacerlo por mí mirando en su propio diario, que le enseñaron a llevar cuando estaba en la escuela, y que ha seguido manteniendo desde entonces. Como respuesta a una mejora mía de esta idea suya, a saber, que sea ella misma la que contara la historia en lugar de mí, a partir de su propio diario, Penélope observa, con el rostro rojo y una mirada feroz, que su diario es algo privado y que ninguna criatura viviente sabrá jamás lo que hay en él excepto ella misma. Cuando le pregunto a qué se refiere exactamente, Penélope dice:

—¡Tonterías!

Y yo digo:

—¡Amoríos!

Dando inicio, pues, al plan de Penélope, me permito mencionar que fui llamado expresamente una mañana de miércoles al salón privado de mi señora, siendo la fecha el 24 de mayo de 1848.

—Gabriel —dice mi señora—, aquí tiene una noticia que le sorprenderá. Franklin Blake ha vuelto del extranjero. Ha estado

quedándose con su padre en Londres, y vendrá mañana a quedarse con nosotros hasta el próximo mes y celebrar el cumpleaños de Rachel.

Si hubiera tenido un sombrero en la mano, nada salvo el decoro me habría impedido lanzarlo al techo en ese mismo momento. No había visto al señor Franklin desde que era un niño y vivía con nosotros en esta casa. Era, sin lugar a dudas, según lo recuerdo, el niño más agradable que jamás hizo girar una peonza o rompió una ventana. La señorita Rachel, que estaba presente, y a quien hice ese comentario, observó, en respuesta, que lo recordaba como el tirano más atroz que jamás torturó a una muñeca y el conductor más implacable de una agotada niña pequeña en arnés de cuerda que Inglaterra jamás haya producido.

—Ardo de indignación y me duelen los huesos del cansancio cuando pienso en Franklin Blake—así lo resumió la señorita Rachel.

Al escuchar lo que ahora les cuento, naturalmente se preguntarán cómo fue que el señor Franklin pasó tantos años, desde que era un niño hasta que se convirtió en hombre, fuera de su propio país. Y yo les respondo que su padre tuvo la desgracia de ser el heredero inmediato de un ducado, pero no pudo probarlo.

En pocas palabras, esto fue lo que sucedió:

La hermana mayor de mi señora se casó con el célebre señor Blake, tan famoso por su gran fortuna como por su notorio pleito legal. Incontables son los años que pasó incordiando a los tribunales de su país para desalojar al duque que ocupaba la propiedad y ponerse él en su lugar, así como los bolsillos de abogados que llenó hasta reventar y la cantidad de gente, por lo demás inofensiva, a la que puso a pelearse entre sí sobre si tenía razón o no. Su esposa murió, y también dos de sus tres hijos, antes de que los tribunales se decidieran a darle portazo y dejar de aceptar su dinero. Cuando todo terminó y el duque se quedó con la propiedad, el señor Blake descubrió que la única forma de desquitarse con su país por la forma en la que lo había tratado era no permitir que su país tuviera el honor de educar a su hijo.

—¿Cómo puedo confiar en las instituciones de mi país —decía—, después de la forma en la que se han comportado conmigo?

Añadan a esto que el señor Blake odiaba a todos los niños, incluidos los suyos, así que verán que el asunto sólo podía terminar de una manera. Al joven Franklin lo sacaron de Inglaterra y lo enviaron a instituciones en las que su padre sentía que podía confiar, por supuesto, en ese país superior que es Alemania; el señor Blake, como observarán, permaneció cómodamente en Inglaterra, mejorando a sus compatriotas en el Parlamento y publicando una declaración sobre el duque en posesión de las propiedades, inconclusa hasta el día de hoy.

¡Por fin! ¡Gracias a Dios, ya lo he contado! Ni usted ni yo necesitamos preocuparnos más por el señor Blake padre. Dejémoslo con el ducado, y sigamos nosotros con el diamante.

El diamante nos lleva de vuelta al señor Franklin, quien fue el medio inocente que atrajo sin saberlo esa joya maldita a la casa.

Nuestro buen chico no nos olvidó tras irse al extranjero. Nos escribía de vez en cuando; a veces a mi señora, a veces a la señorita Rachel y a veces a mí. Llevamos a cabo una transacción antes de que él se fuera, que consistió en que me pidió prestado un ovillo de cuerda, un cuchillo de cuatro hojas, siete chelines y seis peniques —los cuales ni he vuelto a ver ni espero volver a ver—. Sus cartas dirigidas a mí generalmente estaban relacionadas con pedir más prestado. Sin embargo, me iba enterando a través de mi señora cómo le iba en el extranjero, a medida que crecía en años y estatura. Después de aprender lo que las instituciones de Alemania podían enseñarle, pasó un tiempo en Francia y luego en Italia. Entre todos ellos, lo convirtieron en una especie de genio universal, según pude entender. Escribía un poco, pintaba otro poco, cantaba, tocaba y componía alguna cosa —tomando prestado, sospecho, en todos estos casos, como me había tomado prestado a mí—. La fortuna de su madre —setecientas libras al año— le cayó encima cuando alcanzó la mayoría de edad, y se le escapó de las manos tan fácilmente como si fueran coladores.